

unomásuno

Plaza pública

► El encuentro en La Paz

► Dos hombres, dos visiones

Miguel Angel Granados Chapa

Cuando el ahora presidente Miguel de la Madrid nació, el 12 de diciembre de 1934, Ronald Reagan tenía 23 años y era locutor deportivo en la emisora WHO de Des Moines, Iowa; era entonces un ferviente demócrata y un año atrás había votado por Roosevelt para el cargo que él mismo asumiría el 20 de enero de 1981. Sin embargo, pese a la diferencia de edades, estos dos jefes de Estado, que el domingo anterior se encontraron por primera vez en ese carácter (ya que el año pasado cuando realmente se conocieron De la Madrid no había aún asumido su cargo), iniciaron casi simultáneamente su carrera política. Reagan se pasó al Partido Republicano en 1962, y un año después el joven abogado Miguel de la Madrid se afiliaba al PRI, mientras era asesor de la gerencia del Banco de México.

Por ese entonces, Reagan estaba concluyendo las dos etapas principales de su carrera inicial como actor y como dirigente sindical en la industria cinematográfica. Filmó su última cinta en 1964, y su quinto y último periodo al frente del sindicato de actores cinematográficos había ya terminado. Mientras De la Madrid se disponía a interrumpir brevemente su carrera en el banco central, para ir a Harvard a estudiar una maestría en administración pública, Reagan se hizo notable partidario de Barry Goldwater, cuyas tesis profundamente reaccionarias ha puesto en práctica dos décadas después. Y en 1966, cuando el mexicano de este paralelo iniciaba en la Secretaría de Hacienda la carrera que lo llevaría de subdirector de Crédito a subsecretario del ramo en nueve años, Reagan fue elegido gobernador de California.

Esos dos hombres, con la visión diversa que se explica por su pertenencia a ámbitos generacionales, geográficos, culturales y políticos tan dispares, se encontraron el domingo 14, en medio de un aguacero, en La Paz. Una cita entre jefes de Estado no es insólita en la historia de las relaciones entre dos países. Es costumbre, en la última treintena de años practicada como un ritual ininterrumpido, que los presidentes de las dos naciones se encuentren repetidamente. Como no coinciden los ritmos con que son elegidos los Ejecutivos y como hay relección en Estados Unidos y no en México, y se han producido muertes y renunciaciones de presidentes, ocurre que uno de aquella nación se encara con más de un mandatario mexicano y viceversa. Reagan se había reunido tres veces con López Portillo, ya en el poder ambos.

Aunque en fuentes oficiales se insistió en que las relaciones bilaterales constituirían la médula de la cita en La Paz, no fue en realidad así. No porque carezcan de importancia tales relaciones. Al contrario, la tienen y muy abultada, siempre y sobre todo en esta hora. Pero el curso de esas relaciones obedecen a circunstancias, estructuras y mecanismos que difícilmente se pueden alterar en una reunión presidencial, no porque la diplomacia en la cumbre sea un ejercicio estéril, sino porque en ella suele haber lugar sólo —o preferentemente— para decisiones políticas trascendentales, o para aproximaciones entre los estadistas con miras a acontecimientos posteriores. Los embajadores y los cancilleres, en el caso de una relación tan abundante, creciente y estrecha como la que, queramos o no, tenemos con Estados Unidos, tienen mucho más trabajo cotidianamente en esa materia.

Centroamérica era, por lo tanto, el verdadero gran tema entre los jefes de Estado que el domingo 14 se vieron las caras en la capital de Baja California Sur. Y allí De la Madrid se refirió a la radical causa por la que es inadmisibles la intervención, y son inaceptables los amagos contra Cuba y Nicaragua, y los frecuentes insultos que les asesta el presidente de Estados Unidos. Al recordarle las bondades del pluralismo, al recriminarle su intención de uniformar respecto de su país a todos los demás, el Presidente de México formuló el mejor alegato en favor de las libertades centroamericanas, y la nuestra propia, que pudo haber oído jamás el arrogante ex vaquero nacido en Tampico, pero no Tamaulipas, sino Illinois.